

"Carretera y manta", presentado bajo el pseudónimo "Ojos de tinta China":

Mi madre es un poco alocada. Un día me despertó tras una orquesta de cajones y armarios.

¿Por qué mi madre hacía tanto ruido? Me levanté para averiguarlo y encontré dos maletas en el pasillo. En mi mente aparecieron millones de imágenes, desde una hawaiana trayéndome un cóctel, hasta un oso polar siendo acariciado por mí.

-Buenos días, cariño- dijo mi madre indiferente, como si esas dos maletas no estuvieran allí, como si yo no necesitara una explicación.

-¿Por qué hay dos maletas en el pasillo?

- Carretera y manta. Recorreremos el Mediterráneo en busca de una piedra especial.

Sonaba emocionante y mentiría si no admitiese me daba un poco de miedo, dormir en un coche no parecía sinónimo de seguridad. Aun así confié en ella porque no me quedaba otro remedio. Pero... ¿por qué iba a ser una piedra especial? Dicen que la curiosidad mató al gato, como soy una persona pregunté, me dijo que ya lo entendería y me generó más intriga.

Sin más dilación empezó nuestro viaje, carretera y manta. Arrancamos motores hacia lo desconocido, desconocido para mí, ya que mi madre había creado un itinerario sorpresa.

He de admitir que el primer trayecto se me hizo eterno. Dibujé y faltaba mucho, escribí y faltaba mucho, hice fotos y faltaba mucho, cada vez que preguntaba... Faltaba mucho. Estaba a punto de preguntar cuando captó mi atención un castillo sobre el mar, los castillos que había visitado estaban contruidos sobre elevadas montañas. Por fin mi madre dijo:

-Ahora sí que falta menos, estamos tan lejos como el castillo de nosotras.

-¿Vamos a ir a ese castillo? - dije emocionada.

-Sí, al castillo de Peñíscola, provincia de Castellón. Ya sabes que ya he estado aquí, espero que te guste tanto como a mí.

Sonreí, me pareció muy bonito que me llevara a un lugar que era sólo suyo y hacerlo nuestro.

Finalmente, paró de rugir el motor, salí y libre. Se escuchaba el murmullo de la gente aunque estábamos lejos de ellos. A medida que nos acercábamos al paseo marítimo los murmullos se intensificaron hasta convertirse en el típico canturreo veraniego de risas y charlas.

A un lado de la carretera podías ver la playa y cientos de obras de arte a lo Miguel Ángel y "La piedad" esculpidas en la arena, alucinante. Podías respirar la brisa marina. Al otro lado olía a comida, sobretodo a pescado. Pues allí estaban los restaurantes y sus comensales, desde familias numerosas, hasta parejas teniendo una cita romántica. Todo estaba infestado de gente por eso en cuánto una pareja abandonó su mesa nos lanzamos como panteras. Tras la cena, nos dirigimos al pequeño mercado nocturno, estaba lleno de puestos de venta con joyas artesanales, ropa, complementos y cuadros. Situado en una calle hecha de piedra muy larga, desembocaba en un mirador desde el que se extendía el mar y se divisaba el paseo marítimo por el cual no hacía mucho habíamos caminado. Era realmente precioso. Me sentí confusa, en dos tiempos a la vez, me hallaba en una calle antigua, en pleno mediévol, pero si miraba al frente, unas cuantas olas de mar me separaban de edificios modernos con luces de neón de la era tecnológica. Nos hubiéramos quedado allí toda la noche escuchando la batalla entre

el mar y la fortaleza.

A la mañana siguiente fuimos al castillo. Tras dejar a la espalda un montón de restaurantes, de pasar por un arco de piedra, subir por aquella cuesta que llevaba al castillo y que me hacía sentir como un auténtico caballero intentando invadir la fortificación, llegamos y me sentí como una reina, como una cortesana, como una cautiva; según la estancia. La parte que más me gustó fue el patio de artillería, en sus jardines me sentí una princesa de cuento, como las que tienen el don de conversar con los animales. Porque el jardín estaba lleno de aves rapaces con las que me hubiera gustado poder hablar, lástima que aunque aquel lugar me transportaba a un cuento de hadas vivía en el planeta tierra y en él, las personas hablan y los pájaros solamente son capaces de trinar. Después de la visita a la vivienda del Papa Luna, majestuosa y muy bien conservada, mi estómago pedía a gritos una buena paella. Así que volvimos a la zona de restaurantes y entramos en "La marinera". El camarero, miró a mi madre fijamente, sonrió y atónito exclamó:

-¡Esta vez no vienes sola!

-No, esta vez en la mejor compañía - dijo mi madre con una sonrisa reluciente.

-Es un placer volver a verte, ¿mesa para dos en la terraza?- Mi madre asintió, él nos guió a la terraza y nos señaló la mesa en dónde debíamos sentarnos. Ella sin carta hizo la comanda, los tres nos reímos. La comida estaba espectacular y fue divertida, los trabajadores venían a saludarla, conocerme y comentar anécdotas. Es raro recibir afecto tan lejos de tu hogar. Nos bañamos, encontramos regalos marinos, conchas y caracolas. Nos despedimos hasta otra y emprendimos de nuevo nuestro viaje. ¿Cuál sería nuestro siguiente destino? ¿Me gustaría tanto como Peñíscola? Sí, Cullera no me decepcionó. Aunque la N-340 parecía eterna y nuestros estómagos parecían leones, faltaba bastante para llegar. Me miré la barriga, necesitaba comer ya y al levantar la cabeza se me iluminó la cara, una gran M amarilla brillando como un diamante en el oscuro cielo valenciano delante de mis narices. ¡Qué suerte la nuestra! Hamburguesas, patatas fritas y dos refrescos, sentadas en el maletero en el filo de la cama. El arroz con bogavante había sido exquisito, la cena estuvo a la altura. Cuando hay hambre no hay pan duro. Continuamos saciadas y dado que no encontramos aparcamiento en el pueblo, nos acercamos al faro y en un descampado junto a la playa encontramos el lugar idóneo. Nos dormimos mirando las estrellas y escuchando el ronroneo de las olas, fue una noche mágica. Aparcar allí fue un golpe de suerte no solamente por aquella noche, a pocos metros amaneció un chiringuito, desayunamos, comimos y merendamos. En Cullera disfrutamos del agua y de los rayos de sol hasta que bajo nuestra mirada se desvanecieron y se hizo la oscuridad, dejándonos a merced de una gran esfera que nos escoltó hasta nuestro siguiente destino. La cúpula del cielo, más bien conocida como Altea, ubicada en la costa alicantina. Calles empedradas, escalones rebozados con conchas, fachadas blancas, sobrepasando las casas la gran iglesia, aromáticos y llamativos geranios junto a las puertas justo al lado de sillas dónde podías ver corrillos de mujeres mayores. Algunas bordaban, otras tejían cestos de mimbre y otras simplemente disfrutaban de la conversación. Un mercado medieval se extendía sobre la plaza. Observamos todos los puestos, desde las espadas de madera, hasta los quesos y embutidos. Este último nos despertó el hambre y cenamos.

Gracias a Altea entendí que no hace falta ser muy grande para estar a la altura, porque con solamente 34,43 km² Altea había superado el nivel con excelencia. Me subí al coche a esperar a que mi madre preparara la cama y caí rendida, había sido un gran día y no podía más.

Me desperté en medio de la noche, me chocó no estar en el maletero, más me chocó no ver a mi madre al lado. La llamé, volví a llamarla más alto, nada, silencio. Miré por todas las ventanas. Aquello no era Altea. Me sentí atrapada, no en el coche, en una película de terror en la que piensas que el protagonista es idiota por salir de la cama y dirigirse hacia los ruidos.

Pues bien, yo fui ese protagonista idiota. Temblando di unos pasos. Susurraba "¿Mamá?"

y de repente una mano me tocó la espalda, se me encogió el corazón, luego otra mano me agarró del brazo, me quedé de piedra, no podía chillar, ni correr, estaba paralizada. Me giré porque esas manos me obligaron. Me limité a apuntarla con mi linterna.

-¡Carla!- Aquella voz me resultó familiar, era mi madre.

Me abalancé sobre ella cuál animal asustado. Me explicó que al verme dormida había decidido avanzar, había parado allí porque desde el coche parecía un buen lugar y a pocos metros buscaba un sitio donde comer. Estábamos en las dunas de Guardamar del Segura, aquella noche no la solté ni dormida y ella se rió hasta dormirse. Fue un gran día de playa.

Las dunas la hacían especial. Cuando venían ráfagas de viento y levantaban la arena me sentía como el que busca un oasis. Luchaba por salir de la tormenta, me giraba y el Mediterráneo me lamía los pies, mi oasis. Viéndome disfrutar mi madre sonrió de manera maliciosa. ¿Qué estaría tramando? Volvimos al coche y encontramos una nota en el parabrisas: Como vuelvas a aparcar así te rajo las ruedas. En la oscuridad de la noche las líneas no se veían ¡Vaya fallo! ¿Tanto como para dejar una amenaza escrita? No íbamos a dejar que un "cabreoman" nos aguara la fiesta. "Cabreoman", sí. Descrito como hombre que siempre anda de mal humor e intenta amargar el día a los demás (nunca lo consigue y se enfada más). Vivimos a 510 km de esa playa, no volvería a ver nuestras ruedas.

Emprendimos el viaje otra vez, fue un tramo difícil. Para empezar tuvimos que cruzar Cartagena y dejar atrás demasiados semáforos, luego entramos en una carretera oscura llena de curvas, la tensión se intuía en el silencio. Entre todas las curvas destacó una, en el cartel ponía: Atención curva muy, muy, MUY peligrosa.

Llegamos a Isla Plana justo a la hora de cenar. Nada más bajar del coche mi madre besó el suelo, respiró hondo y buscó un restaurante. Coincidimos con una familia que celebraba un cumpleaños, nos invitaron a unirnos al jolgorio y a dos trozos de tarta, es raro sentirse en familia con desconocidos. Antes de irnos al dormitorio caminamos por unas ruinas románicas. Nos fuimos a dormir con toda la calma. A la mañana gritos, golpes en el coche

¿Qué pasaba? Mi madre se incorporó, levantó una persiana y vimos un hombre muy enfadado mirándonos, se le iban a salir los ojos de las cuencas. Mamá bajó la ventanilla un poco nada más.

- ¡Mi casa, mi coche y mi plaza de aparcamiento!- Gritó él con tono furioso.

Vociferaba sin cesar, no dejaba meter cuchara.

- ¡No plaza, no cargar mi coche!- repetía.

Por su acento dedujimos que era británico y por su tono que era otro "cabreoman", ya eran dos. Finalmente, se fue. Comenzamos a vestirnos, de repente se abrió la puerta. Otra vez el "cabreoman". Se estaba pasando, nuestro hogar actual no era convencional, pero estaba segura de que eso era allanamiento de morada. Mi madre salió del coche con la paciencia agotada y dijo con firmeza y tranquilidad:

- Tu casa, tu coche y una plaza pública.- Detrás salí yo y nos fuimos a desayunar.

El desayuno estaba exquisito, las vistas diurnas maravillosas. Cuando volvimos al coche había casa, había plaza de aparcamiento, pero de él no quedaba rastro. Proseguimos nuestro trayecto. De repente el paisaje se convirtió en un mar de plástico, estábamos en Almería. Y tras un par de giros la monotonía de montañas de arena, roca, cactus, agaves y poco más.

Parecía un auténtico desierto, lo era, íbamos a Tabernas. Después de recorrer aquel yermo paisaje llegamos a Fort Bravo/Texas Hollywood. Si me había imaginado como una tuareg en las dunas, ahora me sentía como una auténtica vaquera. No me podía creer que

estuviera pisando el mismo suelo que el intrépido Indiana Jones en la última cruzada. Fue un día de película, tomamos algo en la taberna mientras unos pistoleros se enzarzaban, hicimos mi fotos, nos disfrazamos de bandoleras, fuimos las más buscadas, recorrimos todo el set en carro con el villano del show, que resultó ser un trozo de pan. Cuando subimos a nuestro dormitorio con ruedas, mi madre que a pesar del cansancio tenía un brillo radiante en la mirada, sonrió y dijo:

-Esto se acaba.

Lo primero que pensé es que aún no teníamos ninguna piedra especial. Cayó la noche mientras cruzábamos la ciudad de Granada rumbo al barrio del Albaicín. Desde la ventana de nuestro vehículo aventurero parecía interesante, bella, una caricia para la vista, olía a historia.

-La última perla de Al-Ándalus, la que capturó el suspiro del moro, la que oyó una madre decirle a su hijo que llorara como una mujer lo que no supo defender como un hombre, la que humedeció los ojos de Unamuno... La ciudad a la que tantos quieren volver, y volver, y volver... Yo misma. De aquí son mi madre y mi padre, tus abuelos.

Qué profunda se puso mientras caminábamos hacia el restaurante en el Albaicín en el que tapeamos platos típicos. Todo estaba muy rico, era temprano y aunque estábamos agotadas, mamá insistió en dar un paseo por las intrincadas callejuelas con el fin de llegar al mirador de San Nicolás. Mereció la pena el esfuerzo. Nos sentamos en un muro, nuestros pies colgaban sobre el Sacromonte, del que salía la melodía gitana que amenizaba la linda estampa de la Alhambra iluminada sobre el valle del Darro, presidiendo la noche granadina. La ciudad se extendía en la llanura como un manto brillante que admiraba al monumento de origen morisco que se erguía ante mí entre luces y sombras. Aquella misteriosa silueta era cautivadora. Perdimos la noción del tiempo y cuando llegamos al coche nos metimos en la cama sin plantearnos seguir. Tras unas cuantas rectas y unas pocas curvas, me di cuenta de que estábamos a las puertas de la Alhambra, menuda sorpresa. Las murallas eran imponentes y las distintas torres sobresalían majestuosas con aquellos ventanales tan curiosos. Caía un sol de justicia, pero en cuanto entramos el rumor del agua, el frescor de los jardines y las historias que contaban aquellos muros y que mi madre se sabía de memoria hicieron que se nos olvidara hasta que se acercaba la hora de comer, estábamos hechizadas. Estábamos en la torre de la vela, la más alta, mi madre saboreaba los olores que traía el viento, observaba a ratos el paisaje perdida en recuerdos de otras etapas de su vida y a ratos a mí. Yo en ese momento era Fátima la sultana nazarí de la que me había hablado, hija, hermana, madre y abuela de sultanes prestigiosos. Una mujer importante. Acabábamos de hablar con mi abuela, para nosotras también era una mujer importante, cómo Fátima para esos sultanes. Mi madre para mí era muy importante y yo para ella, me apeteció abrazarla y me lancé a su cintura sin miramientos, cuando mi cuerpo chocó con el suyo dio un paso atrás y apoyó la espalda en el muro entre risas la oí caer, abrí los ojos y allí estaba, era la piedra que buscábamos, perfecta, entre nuestros pies. Su mirada polvorienta decía que era antigua. Mi madre dijo que podía formar parte de las almenaras que el terremoto del siglo XVI derrumbó. Decidí que era cosa de la tal Fátima. Nos fuimos a regañadientes muertas de calor y de hambre, tapeamos en una venta cerca de la catedral. Al acabar paseamos por la Alcaicería, un mercado musulmán formado por calles muy estrechas en las que se vende artesanía popular, telas, mimbre, joyas...me daba la sensación de que en cualquier momento iba a toparme con la lámpara de Aladín. Escapar con ella por los tejados hubiera sido relativamente fácil, los edificios estaban tan apiñados que apenas podían respirar. Salimos de aquel barrio y tras recorrer varias calles y hacernos algunas fotos, llegamos al coche.

-Granada también tiene su trocito de Mediterráneo, ya hemos cumplido nuestra misión ¿te apetece un buen baño? - dijo mamá mientras me abría la puerta invitándome a entrar.

-¡Sí, claro que sí! - grité entusiasmada, llevábamos dos días sin darnos un buen baño, lo necesitaba.

En poco más de hora y media estábamos en Almuñecar chapoteando en la playa, cuando nos hartamos de agua, subimos a visitar las ruinas del castillo de San Miguel, cenamos en

un bar pescaito frito y contra todo pronóstico en vez de meternos en la cama arrancamos motores.

Mi madre dijo que en menos de media hora finalizaba el trayecto, que descansaríamos unos días y volveríamos a casa. No lo entendí muy bien. Yo quería dormir ya Nerja fue la última parada de la aventura, allí nos esperaba la tita Elvis, su familia en una casa cerca del mar.

Nos recibieron con cariño, con una ducha y dos camas con sábanas limpias y una lavadora en la que lavar todo lo que llevábamos. Igual mi madre no estaba tan loca. Con ellos pasamos unos días entrañables, visitamos las cuevas de Nerja, el Capistrano, el Balcón de Europa por el cual casi no se podía dar un paso de la gente que había, comimos helados paseando por las calles llenas de tiendas, fuimos a varias playas, cenamos en no sé cuantos sitios y comimos en no sé cuantos más aunque el mejor fue el día de los espetos. Fue curioso ver las barcas llenas de arena y brasas asando pulpo, sardinas, boquerones, doradas... todo clavado en espadas. Fue divertido ver a mi madre y la tita Elvis comentar la serie "Verano azul" mientras paseábamos por el parque que lleva su nombre y que me explicaran quien era el dueño del barco que vimos, Chanquete. Sin duda descansamos, descansamos lo suficiente como para emprender un viaje de casi nueve horas, de casi mil kilómetros en coche.

El día que teníamos pensado volver amaneció gris como mi talante. Salimos a última hora de la tarde, a media, Granada empezó a chispear, cuando llegamos a Almería entre la oscuridad de la noche y el aguacero no se veía nada. Mi madre decidió coger un desvío hacia el cabo de Gata. Tuvimos la suerte de encontrar un hostel justo en la salida de la autovía. Cenamos asumiendo que dormiríamos allí si no cesaba la tormenta. Nos dormimos escuchando las gotas golpeando la carrocería de nuestro "bed-car", hubiera sido muy relajante de no ser por la cacofonía de truenos, eso le daba un toque inquietante que nos mantuvo un buen rato en duermevela. Cuando nos despertamos seguía lloviendo. Resignadas a regresar rodando bajo la lluvia desayunamos con la esperanza de que aflojara, y aflojó. Cuando salimos apenas llovía, pero a la altura de Murcia caía agua a cubos, el limpiaparabrisas no daba abasto y así seguimos hasta llegar a Alicante, al poco rato aflojó un poco y un poco más. Al entrar en Valencia caían cuatro gotas y paramos a comer en un área de servicio. La autovía y la autopista no ofrecieron un paisaje tan bonito, pero son muy rápidas y en dos horas estábamos merendando en Tarragona, muy contentas y a la vez tristes porque era el punto final de nuestra aventura. Nos hicimos varias fotos para inmortalizar el momento y dos horas después, estábamos en casa deshaciendo las maletas.

Y todo esto lo que recuerdo cuando voy al nicho de mi abuela y veo aquella piedra tan especial que encontramos, la que Fátima me dio, la piedra por la cual habíamos recorrido el Mediterráneo. Sí que era especial, sí. Debimos ir con la abuela a ver su Alhambra adorada y amarla juntas. Si no hubiera llegado el cáncer para llevársela seguro que hubiéramos ido.

Aprendí mucho de ese viaje, que hay mucho "cabreoman" por ahí, que hay desconocidos que te tratan como si fueras de la familia, que hay personas que se van lejos a vivir y te tratan como si vivieran aún al lado, que entre Barcelona y Málaga hay lugares llenos de encanto, que a veces no se viaja a un lugar, sino a emociones... Esa piedra me recuerda que no se deja para mañana lo que te hace feliz hoy, porque igual mañana no puedes hacerlo, a veces querer no es poder.

Ojos de tinta china, 8 de Enero de 2022